



Tiempo de madurez.

Juan José de León Lastra, OP

Esquema

- Introducción
- 1. Las crisis del cambio de edad
- 2. ¿Qué se puede entender por madurez?
 - 2.1. La consecuencia de años vida de religiosa
- 2.2. Una descripción
 - 2.3 Imprecisiones al encuadrar la “madurez”
- 3. - Aspectos que se pueden atribuir a la “madurez”
- 4.- Analizando nuestra madurez y formulándonos preguntas sobre ella
 - 4.1. La edad
 - 4.2. Las ideas.
 - a) Teología de la época
 - b) Teología nueva de la vida religiosa.
 - c) Convivencia y conflicto de tipos de vida religiosa hoy
 - 4.3. El ambiente comunitario
 - 4.4. La misión
 - 4.5. La afectividad
 - 4.6. La espiritualidad
 - 4.7. La religiosidad
- 5.- Porque la madurez no es un punto de llegada: ¿podemos seguir cambiando?
- Para terminar
- Bibliografía
- Cuestiones para el diálogo comunitario

Introducción

Con no poca perplejidad me dispongo a ofrecer unas notas sobre cómo pensar la madurez. Pienso en la madurez como algo que va quedando atrás en mi vida. A los 68 años temo que he de pensar más en la vejez –si es educado emplear este término – porque lo importante es mirar hacia delante o vivir el presente, no rebuscar en el pasado, aunque sea el inmediato y un tanto solapado con el presente..

Sé que no todo son los años. El cambio profesional que supone la jubilación o el cambio en la responsabilidad por ejemplo de gobierno o de



gestión genera más cambios que simplemente cumplir años. Esto no sería hablar de la madurez, sino de la posmadurez. Hablemos de la madurez.

Ponerme a escribir estas líneas me ha obligado a releer mi vida. Y con la mía la vida de otros. Pero percibida por mí. No será difícil al lector separar lo que este texto pueda tener de excesiva carga individual. Por eso tampoco he puesto demasiado interés en prescindir de ello. Puede ayudar a conseguir lo que se pretende: la reflexión personal de otros y de la comunidad que forman.

1. La crisis del cambio de edad

Javier Garrido habla de la crisis de la segunda edad. Es la edad entre los cuarenta y sesenta años. ¿Crisis por cumplir años, 40, 50, 60? ¿Crisis por razones diversas, por ejemplo: por experimentar que no se cumplen los deseos de estilo comunitario, de eficacia pastoral, de aceptación social, de santidad personal, de claridad sobre lo que se es y se debe ser..., crisis afectivas, crisis ideológicas, incluso de fe?

Para nuestra reflexión vamos a ampliar el lapso hasta los 65 años. Que no se molesten los que se ven maduros con 35 o se creen en plena madurez productiva con 70. Soy consciente de que la juventud se alarga en nuestro modo de pensar y hablar, y el inicio de la vejez se posterga a pasados los 80.

2. ¿Qué se puede entender por madurez?

Usamos con frecuencia la expresión “madurez” pero no siempre precisamos lo que queremos decir con ella. De ahí provienen bastantes equívocos en la comprensión de las personas, las comunidades y las situaciones que viven unos y otros, incluso las que vivimos nosotros mismos. Voy a proponer algunos elementos que creo pueden servir para una comprensión más adecuada de todo ello.

2.1. LA CONSECUENCIA DE AÑOS VIDA DE RELIGIOSA

Aplico el término “madurez”, al modo de ser que corresponde a frailes que llevan entre veinte y cuarenta años de vida religiosa. Ya tienen experiencias suficientes, sin que les pesen los años. Los años vividos les han servido para tener una perspectiva elevada del presente y prever el futuro, sin que esos años



hayan llevado consigo las energías. Para algunos es el mejor momento de la vida. Quedemos en que simplemente es su momento¹.

2.2. UNA DESCRIPCIÓN

El citado autor, Javier Garrido, describe así al adulto maduro a partir de los 40 años. *“Realización positiva: estabilidad y creatividad, a un tiempo; visión de conjunto como perspectiva de futuro; colaboración con otras generaciones, sentido de lo esencial y de lo relativo. Hay que tener en cuenta que también esta etapa está sometida a la crisis. Por eso subraya Erikson el peligro de estancamiento y el ensimismamiento que amenaza al hombre/mujer maduro. Aparece la tendencia al egocentrismo, a abandonar responsabilidades, a prescindir del futuro, sin ilusión profesional, con una sensación global de confusión y sin-sentido.// Pero el hombre maduro que está a la altura de su edad, ha ganado en la calidad del amor. Es la época de la solicitud, en que la responsabilidad nace de una entrega más honda, la de autodonación”*².

2.3 IMPRECISIONES AL ENCUADRAR LA “MADUREZ”

Este mismo autor se encuentra con cierta perplejidad para saber que se quiere decir con el término “maduro”. Cabe apuntar algunas suposiciones que no son correctas:

- Podía aludir al final del proceso, a algo terminado; y, por supuesto, no es así. Se podría decir, precisando lo indicado, que es el momento en que se termina el proceso de información y formación, el momento de dar lo que se tiene, y ya no se va a tener más. Tampoco es eso.
- El momento en el que el corazón, los afectos ya están asentados y cerrado su proceso de profundización y ampliación. Tampoco es eso.
- El momento de entregarse a la misión como el que sabe, a vaciarse en el trabajo sin necesidad de llenarse con aquello/s con lo/s que se encuentra, y no es eso.

El momento de la estabilidad emocional, del control del ser y del hacer, del equilibrio. Y no es así.

¹ A este grupo pertenecen también aquellos que al cumplir los 65 años son jubilados, han de dejar su trabajo, por ejemplo docente, pero no aceptan ser “jubilado”, retirados de una actividad que les colme como dominicos. No les es fácil encontrar esa actividad, pero no rehúsan a la búsqueda y a aceptar compromisos nuevos.

² J. Garrido, *Releer la propia historia*, pp. 22-23.



3. Lo que sí cabe esperar de una persona madura

Formulándolo de manera positiva, parece que de una persona madura se puede decir que:

- Sabe que la *esperanza no es un simple deseo*, que proyectar no es lo mismo que realizar, está curtido por fracasos o experiencias negativas, sin estar aplastado por ellas. Es época de realismo, pero sin derecho a prescindir de lo utópico.
- Tiene experiencia del dolor.
- El pasado no anula el futuro, éste tiene aún más fuerza que el pasado, aunque ocupe menos años de vida.
- El equilibrio que se le exige por su edad y experiencia es, como todo lo humano, inestable, es necesario recomponerlo día a día.. Ciertamente es época en la que se han ido relativizando no pocas cosas; se confía en que ello sirva para consolidar lo absoluto...
- Época de apuntar éxitos y fracasos, época en que se junta la experiencia de energía desplegada con la de la vulnerabilidad.
- Etapa de la vida en la que, según apuntan corrientes un tanto de moda en algunos lugares, aflora el “niño interior” en sus dimensiones positivas y también en las negativas³.

4. Analizando nuestra madurez y formulándonos preguntas sobre ella

Vamos a analizar esos distintos factores que constituyen la madurez en las diversas caras que ofrece nuestra vida. Vamos a formularnos algunas preguntas. Se pretende **ayudar a verse** individual y comunitariamente. Conscientes de que la sabiduría se asienta sobre el delfico “*conócete a ti mismo*”

³ Es algo que dejo sólo insinuado. Sé que existe amplia bibliografía al respecto, pero no la he consultado. Puede ser suficiente, y de lectura muy asequible, J. Garrido, *La crisis de la segunda edad*, pp. 43 y ss.



4.1. La edad

No entro en analizar las crisis de los cuarenta o los cincuenta o los sesenta, los demonios meridianos. Porque además serán muy distintas las de una década respecto a las de otra. Prefiero, como indico, formular una serie de preguntas ¿Miedo al ir dejando atrás la juventud? ¿Intento de alargar ésta ya que, a pesar de tener cincuenta años, son los “jóvenes” de la comunidad, de la provincia? ¿Primeras experiencias de debilidad corporal o sentimiento de fuerza y energía que perdura en plena madurez – “sentirse joven” – ¿Una manera de confesar que ya no se es?

Pregunta radical: ¿Los ya bastantes años de vida dominicana han dado perspectiva y también libertad para abordar el futuro abierto a lo nuevo, o pesan sobre mí aherrojándome a mi historia y a mis experiencias, de modo que marquen decisivamente mi presente y mi futuro? o si se prefiere: ¿Vivo por encima de mi historia o bajo el peso de ella?. A mi edad y tras lo vivido en la Orden ¿me veo esperanzado, escéptico, temeroso ante los próximos años y mi vida y misión dominicana?

4.2. Las ideas

Los años vividos son suficientes para necesitar la actualización de conocimientos y fuerzas. Conocimientos teológicos, fuerzas espirituales sobre todo. Son contemporáneos en su vida apostólica a los programas de formación permanente que los diversos capítulos provinciales han ido elaborando y aplicando, bajo la inspiración de los capítulos generales, que al menos desde la década de los 70 han tenido su propia peculiaridad. Tres notas a propósito de ello.

a) Teología de la época

La mayoría de los frailes de esta edad son contemporáneos, en el tiempo, del Concilio. Digo en el tiempo, porque luego la coincidencia temporal no conlleva necesariamente que hayan bebido en la letra y el espíritu conciliar. Es el momento en que aparece una visión nueva de la Iglesia, una nueva visión del mundo como espacio de salvación, un claro giro antropológico en la teología y la espiritualidad, una nueva visión del sacerdocio. Todo ello en una nueva sociedad que se mueve bajo el imperio de grandes ideologías enfrentadas con nuestra fe, y evoluciona hacia el declive de toda ideología, y de la fe también, al aparecer la postmodernidad.⁴

⁴ “Que cada cual vea su propia historia. Hemos tenido que madurar mediante el cambio por narices. No creo que a muchas generaciones les haya tocado tal cúmulo de desafíos tan graves. El cambio, se supone, nos ha ayudado a mantener la identidad distinguiendo o esencial y lo accesorio, entre la sabiduría espiritual que permanece y la forma de vida cambiante, entre el carisma y sus modelos de realización. Pero ¡cuántos jirones por el



b) Teología nueva de la vida religiosa.

Son frailes que se han encontrado, en concreto, con una teología renovada de la vida religiosa, o simplemente con una teología de la vida religiosa, que permite ver más allá de lo disciplinar y canónico de épocas precedentes. En esa teología han sido formados la mayoría, y los formadores de la provincia en estos últimos cuarenta años la han asimilado bien. Por eso miran con sorpresa los cambios de ideas de algunos frailes de la última generación respecto a lo religioso y respecto a la misión.

c) Convivencia y conflicto de tipos de vida religiosa hoy

Los estudiosos de la sociología y fenomenología de la vida religiosa de hoy suelen distinguir tres estilos de vida religiosa que están presentes en nuestros tiempos: la comprometida, la liberal, y la que retorna a aspectos tradicionales que estaban siendo olvidados⁵. Simplemente lo apunto.

- **Comprometida** con la misión, con unas misiones concretas que exigían vivir más inserto entre la gente, acomodarse a sus ritmos y horarios, asumir lo que entraña de confrontación con ritmos y horarios de la comunidad religiosa. Se entiende que la vida religiosa en su dimensión más comunitaria, más “instituida” está en función de la misión. Se pierde o se reduce notablemente el estilo “religioso”⁶ comunitario. Se acentúa el estilo sencillo, austero de vida. La generosidad en la entrega es fuerte. A veces amenazada por el prestigio social que se gozaba en ciertos ambientes, no por ser religioso, sacerdote, sino por la dimensión de la actividad.
- **Estilo liberal.** Se ha consagrado ese calificativo para referirse a la vida religiosa que se vive con estas peculiaridades: la libertad, la responsabilidad individual o de la comunidad para organizar su vida dándoles más importancia que a las normas que vienen determinadas por nuestras leyes. Se interpretan con amplitud - ¿laxitud?- las “observancias regulares”, las exigencias de los votos, de los tres. Existe el peligro de cierto aburguesamiento mental y económico, y en general en el modo de vivir, tanto

camino, cuantas energías perdidas” (Garrido, *La crisis de la segunda edad*”, Frontera, Vitoria 1999, p.66).

⁵ Puede verse Gabino Uríbarri Bilbao, *Portar las marcas de Jesús*, Comillas, Madrid 2001, 79 y ss.

⁶ “Religioso” entendido como lo que se refiere directamente a la virtud de la religión, es decir al culto a Dios.



individual como comunitario. A veces parece difuminado el ser religioso, se ve como uno más en nuestra sociedad, no genera preguntas, pierde el carácter de signo que es la vida religiosa. Es un estilo que subraya la responsabilidad individual y, como tal, es un reto valioso a ser dueños de las propias decisiones, y superar abrigarse infantilmente en la institución y en sus representantes para exculparse de lo negativo de su propia vida.

- **Vuelta a lo tradicional.** Creo que todos entienden lo que se quiere decir con ese término “tradicional”; pero, a modo de elemental aclaración, apunto estos aspectos: Se hace valer la diferencia de ser religioso; a ello se une el aceptar –o buscar - el prestigio de serlo (máxime si se es sacerdote), que los signos externos han de resaltar. Se confiere a la vida religiosa un estilo más sacral, menos secularizado, que hace referencia más directa a Dios que a compromisos con los hombres y mujeres; o sea la fuga mundi testificada con claridad. Se buscan comunidades en las que se insista más en las llamadas “observancias regulares”. Concediendo fuerza a lo de “observancia”, como aceptación de normas establecidas para llevar una vida “regularizada”. Para ello se necesita el apoyo del magisterio y de la teología tradicional, de nuestro tomismo reinterpretado por los comentaristas en torno a Trento. Estilo en el que la seguridad prima sobre aventuras en la misión y en el modo de vivir.

Preguntas. ¿Conozco mejor el mundo del que hoy formo parte? ¿El estudio de la teología sigue siendo mi referencia para saber vivir y “predicar” o vivo de lo aprendido en épocas de formación? ¿Se ha aprovechado todo lo mucho y bueno que desde el concilio se nos ha ofrecido para comprender mejor la vida religiosa? ¿Cuál ha sido la influencia de las actas de los últimos capítulos, generales y provinciales? ¿Cuál es el nivel de mantener “lo de siempre” y cuál el de apertura a nuevas ideas, o a las viejas reconsideradas, tanto en la vida comunitaria como en la misión?

4.3. El ambiente comunitario

Los frailes que están en una edad madura han empezado su vida religiosa y su actividad pastoral en una provincia numerosa, formando parte de comunidades numerosas. Se sintieron acompañados en los primeros años, año tras año por jóvenes que se incorporaban a la comunidad y al trabajo apostólico. Han sido testigos de numerosas decepciones de frailes de su misma edad, con tareas semejantes. Han sobrevivido a ello.

Por otra parte, la experiencia vivida, con sus diversas experiencias, ha permitido que se vayan formando juicios sobre personas e instituciones. Ideas sobre otros frailes, sobre las diversas comunidades, sobre la provincia o la Orden. Se ha vivido con ellos y en ellas bastantes años, se las conoce bien.



Más aún, es la edad de los que han tenido, tienen y tendrán responsabilidades en comunidades y en la provincia. Los jóvenes cuentan con ellos. A los de esa edad se les exige energía iluminada por la experiencia. No se les acepta si dicen que están de vuelta. Les queda mucho hacia donde avanzar antes de “estar de vuelta”. Se les exige también creatividad, capacidad de innovar estilos, proyectos...

También los critican, quizás porque se han quedado en mayo del 68, o en las luchas de los setenta, o porque no comprenden bien a la nueva juventud, a la nueva “Iglesia”, o simplemente porque no cuentan con ellos. Pero les exigen acertar dada su experiencia en la Orden.

Los “mayores”, por una parte no se quieren diferenciar de los “maduros”. Recurren a ellos como los que han de continuar lo mejor de la Orden y la provincia. En general son agradecidos a su esfuerzo y a que hayan continuado en la Orden cuando vieron irse a tantos coetáneos.

Por último, y esta es una importante responsabilidad, es etapa de tender puentes entre generaciones.

Preguntas. Dicen que la segunda edad es la época de la tentación de la evasión, de evadirse de las situaciones que no afecten inmediatamente al sujeto, ¿qué hay de eso? O más bien los frailes de esa edad son conscientes de que el presente y el futuro inmediato de la provincia está en sus manos? ¿Cómo se sienten de integrados en la provincia después de años de vivir en ella? Lo mismo habrá que preguntar respecto a la comunidad. ¿Hasta qué punto tenemos etiquetadas a personas y comunidades, tras el tiempo de saber de ellas por conocimiento directo o por “lo que dicen” de modo que ya saben con quien contar y con quién no; o lo que se puede esperar de unos u otros?

4.4. La misión

Los frailes en esta etapa de su vida experimentan, como todos, que no pocas de las tareas pastorales a las que se han dedicado no parece que encuentren personas que las continúen. Han visto cómo se cerraban instituciones como colegios, escuelas apostólicas, disminuía la labor formativa filosófica y teológica... Ahora están inmersos en la “crisis de reducción”, ser menos e incluso pocos; y en la pérdida de seguridad.

En general han sido fieles al sistema de actividad pastoral en el que se aposentaron los primeros años, sean colegios, sean parroquias, sea docencia en otros centros, o en la diversidad de los trabajos en nuestros vicariatos de América. Están satisfechos con su vida y misión de dominicos. Siempre queda por precisar si lo que les anima a continuar es que las convicciones siguen siendo fuertes – y fuertes por estar bien justificadas, no por tozudez - incluso las utópicas, o es por la fuerza del tiempo dedicado a una pastoral concreta y haberse acomodado a ella.



Pero a la vez, al mirar hacia atrás, quien sabe algo de autocrítica reconoce cuántas equivocaciones ha habido en el modo de ejercer su misión, educativa, sacerdotal, en lo que predicaba y en cómo lo hacía, en las pretensiones que se forjaba en su pastoral. Para algunos la experiencia se ve cargada por el notable número de sus equivocaciones, si bien desde la mejor voluntad de actuar adecuadamente. Otros se ven como personas que han actuado como se debía, y están contentos de cómo han llevado a cabo su misión y siguen haciéndolo de la misma manera.

Entre quienes han **iniciado** este periodo de madurez se percibe más la desilusión por las dificultades con las que se encuentran. Parecen necesitar más el apoyo social, la acogida de ellos y de lo que hace. Constatan que la sociedad no es tan acogedora ni mucho menos, como se esperaba que fuera. Como consecuencia puede que traten de unirse a aquellos más “veteranos” que se han centrado en una pastoral de conservación o de promoción de los convencidos.

Preguntas. ¿Hasta dónde mi fidelidad a la misión es reiterar lo hecho en años anteriores, o es “fidelidad creativa” en una sociedad cambiante? ¿Cuál es la disposición a cambiar de actividad pastoral si fuera solicitado para otras por los superiores? ¿Hasta qué punto siento que he agotado mis posibilidades y energías en llevar adelante lo iniciado en su día, de modo que ahora sólo toca conservar?

4.5. La afectividad

La afectividad no fue quizás de lo que más se les habló en la época de formación. Puede que no haya sido una preocupación seria en los años primeros de madurez; e incluso que se haya seguido avanzando en edad sin planteamientos afectivos ni crisis. Creo que esto es lo peor que se podrá decir. Dará la impresión de que el amor había estado ajeno a su vida. O se le ha ideologizado – teologizado, espiritualizado con espiritualidad angelical o de leño seco -, de modo que ha sido plenamente “domesticado”.

Los de más años de madurez vivieron los primeros años manteniendo actitudes y signos de distanciamiento respecto a las mujeres. La misma experiencia de los muchos que reordenaron su vida hacia el matrimonio abandonando su vocación, pudo justificar esas actitudes. Se fue imponiendo, sin embargo, un trato más normal, más familiar, más cercano con la mujer. La mujer está mucho más presente, incluso en el interior de nuestras casas, desapareció la clausura estricta; y, por supuesto, en nuestra misión: se trabaja junto con ellas. Se han apretado los lazos, no sólo institucionales, sino también afectivos que nos unen a las dominicas. Los cambios en el saludo son significativos. Todo esto ha ido evolucionando en los años de “madurez”.

Preguntas. La madurez es el tiempo en el que uno se hace con más fuerza preguntas de este tipo: ¿Tengo estabilizada mi afectividad? ¿He resuelto



bien el deseo de amar y ser amado? ¿Cuál es el nivel, la hondura de mi afectividad? ¿Amo a alguien realmente? ¿El amor a Dios, es tal, amor? ¿Se manifiesta en compromiso afectivo claro con alguien de carne y hueso? ¿Tengo quizás controlada mi afectividad a base de apagar afectos? ¿Mi vida comunitaria me dice algo desde la necesidad de desarrollar y ejercer mi afectividad? ¿Mi misión surge del deber contraído o del amor que profeso a la gente? ¿Tengo experiencias de amistades profundas, también con mujeres? ¿Somos capaces de formularnos esas preguntas? ¿Incluso en comunidad? ¿Aceptamos que necesitamos afectos, más aún ternura, o creemos que esto es cosa de niños y... de viejos? ¿Estamos dispuestos a ofrecer esa ternura a otros?

4.6. La espiritualidad

Entiendo que la “espiritualidad” está en evolución crítica: desde tiempos en los que ni siquiera se hablaba de ella, como tampoco de la “vida interior”, hasta encontrarse ahora con un confuso despertar de una “difusa espiritualidad” (Juan Pablo II NMI), acorde con lo que sucede en la Iglesia y fuera de ella. ¿Existe un despertar de la espiritualidad, de modo que el tiempo de vida y misión lleve a centrarse más en lo nuclear, en las razones profundas por las que se es dominico?.

Sea lo que sea, ser adulto implica experiencias serias del Dios escondido, o como un autor dice, “aceptación de la sombra”. Que es más que sentir el misterio, pues si éste se siente ya se vive en él, es estar opaco al misterio, o tenerlo ocupando un lugar de la mente, pero sin que llegue a la experiencia. Por supuesto esa “sombra” es la que da sentido a su ser y a su actuar:

- He ahí lo duro que es esforzarse en presentar a los otros lo que es una sombra para uno, aunque se esté convencido de su existencia. Se puede vivir así años y predicar al Dios no sentido; la responsabilidad, el rol asumido es más fuerte que la fe, y también probablemente que el amor a quienes se dirige, y acaba por ser suficiente para quien busca la simple satisfacción del deber cumplido.
- Puede también llevar a profundas crisis psicológicas, éticas, vocacionales, religiosas en definitiva, que no se ocultan.
- Puede, en fin, ayudar a entender lo que es perderse en Dios, y encontrarse y convivir con el misterio, con el silencio de Dios, incluso, como dice Garrido, en conflicto con Dios, sin pretender por eso destronarlo para encaramar al primer lugar las experiencias de lo evidente. Es ésta opción la que es liberadora, porque supera el reduccionismo de fijar el yo en el centro del ser sin nada que le supere y lo dilate. A esa experiencia liberadora se refiere Jung.



También es cierto que cabe el peligro de que la espiritualidad sea a veces poco más que sublimación, esa forma de intimismo que se evade de lo que está fuera de uno, para curvarse sobre sí mismo, obviar problemas, y dar la espalda al compromiso pastoral, o reducir éste al simple ministerio sacramental o a los aspectos culturales. Tentación que también puede amenazar a los que están de vuelta de tanto compromiso social que ocupó su vida. Aunque no sería tentación sino gracia si sirve para llenar serios vacíos de “espiritualidad” real que existieron en esa época.

Preguntas: Sobre este tema prefiero no formular preguntas, valga una reflexión personal sobre el lugar que ocupa la espiritualidad en la vida de cada uno. Poner en común lo que se reflexione sería magnífico, pero exige niveles altos de confianza entre los miembros de la comunidad.

4.7. La religiosidad

Hago apartado especial para la religiosidad entendida en su sentido estricto, como lo referido al culto a Dios, aunque, por supuesto es parte de la espiritualidad

Los frailes de la edad madura son personas que en gran parte comenzaron su actividad pastoral en momentos de crisis de lo religioso en la Iglesia y en la provincia. Reducción de los actos de culto, o de oración, menos presencia de los signos externos, inclinación clara a ser lo que somos en el compromiso con la gente más que en lo que hacía referencia directa a lo religioso... Tiempos en los que se desarrolla la convicción de que en nuestra fe la vida es más importante que lo religioso, y existen dificultades para conjugar bien ambos aspectos. Esto tanto referido a los individuos como al estilo de vida comunitario.

Puede que esto haya llegado también a un punto de inflexión. Puede que con la edad se vuelva a valorar prácticas religiosas abandonadas, instados incluso por el sentimiento religioso del pueblo, y se reconsidere la actitud religiosa de frailes y comunidad...

Sin entrar a valorarla apunto la afirmación de Jung, a la que antes me referí, que viene a decir que las patologías psíquicas de la edad adulta, 40 años, encontrarían su mejor curación en un buen enfoque de lo religioso. Especialmente en cuanto contribuyen a encontrar el sentido de la vida. Esto se debería a que esas crisis psíquicas se superan con la afirmación del yo que encuentra su momento más sólido en lo religioso y en las experiencias místicas. En un sentido que nosotros, desde nuestra fe, llamaríamos “perderse en Dios para encontrarse a sí mismo”; o en la expresión paulina “no ser yo sino Cristo



en mí". Valga como aporte de la psicología analítica, si bien lejos de la interpretación freudiana de lo religioso.⁷

Es cierto que esa vuelta a lo religioso necesita un discernimiento para que no sea simplemente un mecanismo de defensa de nuestras frustraciones o cansancios pastorales, de la pérdida de confianza en aquello que tanto atraía. Lo que sí debe indicar es que se siente un cierto vacío en medio de nuestras múltiples y valiosas ocupaciones que exige llenar para cargarlas de más sentido.

Preguntas. Sin duda que los proyectos comunitarios establecen cómo ha de llevar a la práctica lo que el LCO señala sobre la oración comunitaria. Preguntarse sobre ello pertenece a la revisión de dicho proyecto. Aparte de ello, a cada uno, tras lo vivido, lo discutido en tiempos pasados sobre relación entre religiosidad y vida, las decisiones tomadas y las razones en que se apoyaban, podría valorar desde la perspectiva de lo vivido ¿qué habría que cambiar?, ¿qué acentuar?, ¿qué reorientar? ¿Cómo se da testimonio de que la dimensión religiosa pertenece a la esencia de la condición humana; y el lugar que ocupa en el compromiso cristiano?

5. Porque la madurez no es un punto de llegada: ¿Podemos seguir caminando?

Hay una última pregunta que nos debemos hacer: ¿puede cambiar una persona, además dominico, "maduro"?⁸

La respuesta adecuada desde la perspectiva cristiana es que puede y debe cambiar. Debe cambiar hacia lo bueno o lo mejor, debe vivir en tensión para no sucumbir a cambiar para lo menos bueno o malo. Es cierto que opciones tomadas individual y comunitariamente fueron consecuencia de muchas reflexiones, no pocos encuentros y desencuentros, vivas discusiones en las que se puso toda el alma, y reconsiderar todo ello, sobre todo si hubiera

⁷ "Hay vacíos interiores y decepciones y realismo descarnados que hacen surgir las preguntas últimas. Demasiado ocupado por lo penúltimo (la Iglesia, la comunidad, la justicia y la paz, las misiones, la autorrealización, la pastoral, etc) el religioso/a maduro/a se vuelve ahora a su verdadero centro: Dios. Él fue el sentido y el motivo de su decisión vocacional. Ahora lo retoma". La crisis de la segunda edad, p 49. A mi modo de ver, este texto admitiría una cierta crítica por lo que puede indicar de separar a Dios de esas realidades que llama penúltimas, lugar donde hemos de encontrarle, pero que no deja de apuntar un proceso espiritual interesante.

⁸ Esta pregunta constituye el capítulo tercero de la obra de Garrido, ya citada, *La crisis de la segunda edad*.



que rectificar aspectos de relieve, puede ser muy duro, herir el amor propio y tener la sensación de “todo aquello para nada”.

A pesar de dichos como “genio y figura hasta la sepultura”, no se puede negar la posibilidad de cambio. Todos hemos conocidos cambios en personas maduras, en direcciones diversas. Tenemos, quizás, nuestra propia experiencia.

La persona es un **proyecto** que día a día se va haciendo, con momentos en los que se “deshace” y es necesario luego “rehacer”. Todos estamos llamados a la conversión de manera constante. Es decir: a reconducir la vida por el camino auténtico, del que no es difícil desviarse; a cambiar el ritmo al que nos movemos; a purificar los objetivos y los medios; también a buscar

Los años generan **inercia**, no cabe duda. Tienden a mantener el mismo *modus vivendi*. Lo que con facilidad implica una aparente estabilidad que encubre un descuido, o renuncia a la tensión, que lleva a rebajar nuestro compromiso y la dignidad de ese *modus vivendi*. Los objetivos que definen nuestra vida están en la cumbre, es necesario un esfuerzo continuo por alcanzarlos, como los del montañero. De lo contrario se pierde contacto con ellos. Se vive plegado ante lo inmediato y se pierde de vista la meta.

Es necesario **actualizar las razones** de nuestra vida de frailes dominicos. Y esto, además, de exigirnos la conversión continua, exige estar atentos a lo que hombres y mujeres esperan de nosotros. Hombres y mujeres que están inmersos en procesos cambiantes, culturales, sociales, religiosos, que exigen reconsiderar nuestro ser y nuestra misión.

Una persona madura no sólo, pues, puede cambiar, debe hacerlo. Reiterar modos de ser es una especie de abandono del vivir. Porque vivir es estar **abierto a la sorpresa** que surge de nuestra propia psicología y de la convivencia con los demás. La nostalgia, cualquier tiempo asado fue mejor, es mal criterio.

Para que nuestros cambios hacia una madurez más lograda sean adecuados, es imprescindible **distinguir los niveles y factores** que actúan en nuestra vida:

- Cada uno tiene su propio **temperamento** y su propia historia, que ha ido marcándolo. Pero no de modo que sean “inconmovibles” o que estén abocados a una única manera de ser.
- **Lo absoluto** en nuestra vida está siempre presente, pero actualizándose a través de los niveles relativos.
- Los cambios se entienden desde de lo permanente – genio y figura – que existe en nosotros, fundados en la **esperanza** que mira más allá del presente, aunque contando con él. No podemos



ser tan pretenciosos como para querer controlar el futuro. Más bien debemos estar abiertos a las sorpresas que nos depara, y a las previsiones para afrontarlas dignamente.

- No se puede prescindir de que la **gracia de Dios** no esta aherrojada. Y somos fundamentalmente producto de esa gracia. Lo mismo nuestra misión. Cuando sean débiles nuestras fuerzas brillará más la acción de Dios.
- Tampoco se puede **obviar nuestro pecado**, nuestra falta de generosidad, o de entrega, que exige real conversión: darse más buscándose menos. Esto exige el cambio continuo.
- Finalmente, plantear esto desde una perspectiva comunitaria supone comprometerse en la ayuda mutua para seguir mirando hacia delante revisando lo que haya que revisar en cada uno y en la comunidad.

Para terminar

Es propio de la “madurez” mirar lo hecho a lo largo de los años y percibir que no pocas cosas se podían haber hecho de otra manera y mejor, y quedarse con una cierta perplejidad ante lo vivido.

Esa perplejidad es la que siento al atreverme a ofrecer este texto que me han pedido: por supuesto podría ser mejor e incluso con otro enfoque muy distinto. Acéptese como producto de la perplejidad a la que llegamos en nuestra madurez.

Bibliografía

- FERNÁNDEZ, B. *La vida consagrada ante la crisis de reducción*. Vitoria, Frontera, nº 47.
- GARRIDO, J. *Adulto y cristiano*. Santander, Sal Térrea, 1989.
- GARRIDO, J. *Releer la propia historia*. Vitoria, Frontera, 1997.
- GARRIDO, J. *La crisis de la segunda edad*. Vitoria, Frontera, 1998.
- MACCISE, C. *Vivir en inseguridad*. Vitoria, Frontera, nº 49.
- NAVARRO, M. El desafío del ideal: la vida religiosa de los 25 a los 40. Vitoria, Frontera, nº 20.



Cuestiones para el diálogo comunitario

Las posibles cuestiones para la reflexión personal y el diálogo comunitario están formuladas al final de cada apartado. En el caso del diálogo comunitario, el lector conventual hará bien en seleccionar algunas de esas preguntas habida cuenta de la configuración de la comunidad y de las situaciones de las personas que la integran.